



Francesc Cortada Hindersin
CEO Oxfam Intermón
ESPAÑA



UN BILLÓN. UN MILLÓN DE MILLONES

Hoy Elon Musk se convertirá en la primera persona de la historia en acumular una fortuna superior al billón de dólares.

La noticia llega tras la salida a bolsa de SpaceX y ha sido presentada como un nuevo hito empresarial. Pero deberíamos preguntarnos si estamos realmente ante una historia de éxito o ante una señal de alarma para nuestras democracias.

Un billón de dólares es una cifra difícil de imaginar: equivale a más riqueza que la que posee conjuntamente el 46% más pobre de la humanidad, unos 3.800 millones de personas.

Si Musk gastara un millón de dólares al día, tardaría más de 2.700 años en agotar su fortuna. Resulta obsceno, ¿no?

La cuestión no es cuánto dinero tiene Elon Musk. La cuestión es qué tipo de sistema permite que una sola persona acumule semejante nivel de riqueza y poder mientras cientos de millones de personas continúan viviendo en la pobreza.

Con demasiada frecuencia se presenta la riqueza extrema como el resultado natural del talento o la innovación. Sin embargo, ninguna fortuna de esta magnitud surge en el vacío. Detrás de ella hay decisiones políticas, ventajas fiscales, contratos públicos, regulaciones favorables y estructuras económicas diseñadas para beneficiar a quienes ya se encuentran en la cima. El caso de Musk ilustra además una tendencia cada vez más preocupante: la fusión entre poder económico y poder político. Cuando una sola persona puede financiar campañas electorales, influir en gobiernos, controlar plataformas globales de comunicación y beneficiarse simultáneamente de contratos públicos multimillonarios, la desigualdad deja de ser únicamente un problema económico para convertirse en una amenaza democrática.

No estamos hablando de envidia ni de castigar el éxito. Estamos hablando de preservar sociedades en las que el poder no quede concentrado en manos de unos pocos. Porque cuando la riqueza alcanza niveles extremos, también lo hace la capacidad de influir sobre las reglas del juego.

La aparición del primer billonario del mundo no debería celebrarse como una proeza. Debería impulsarnos a reflexionar sobre la urgencia de gravar adecuadamente las grandes fortunas, limitar los monopolios y reforzar las instituciones democráticas.

El primer billonario no es la prueba de que el sistema funciona. Es la prueba de hasta qué punto ha dejado de hacerlo para la mayoría.